

Una jornada en la Plaza Mayor

Juan Antonio Isla Estrada

Para Leonardo y Juan Sebastián por su paciencia ante los asombros, por su asombro ante mi impaciencia.

Sábado 12 de abril. 11:45 horas. Rodamos por la calle de Reforma. "Mira, nunca antes había estado tan dorado el ángel", las avenidas y los transeúntes parecen los de una ciudad normal. De pronto, en Juárez una desviación inesperada. Los nuevos rascacielos en donde los anteriores se derrumbaron por el sismo. Las torres de las iglesias parecen venirse abajo. Tengo la impresión de que nada las salvará de desplomarse por un hundimiento milésimo a cada instante. Incesantemente me asalta el presentimiento de que todos esos monumentos se derrumbarán por un cataclismo, por una negligencia, por la humedad milenaria, por la destructiva polución.

Rodeamos la misma alameda pintada por Diego Rivera. "En dónde quedó el mural", pregunta el niño metido a fuerza en la explicación del improvisado guía de turistas. El ignorante padre responde: "Se rescató para levantarlo en otra parte, allá..." y señala con su índice algún lugar que podría ser lejano y cerca.

A dar vueltas hasta encontrar la calle que nos llevará al zócalo. Cuadras y cuadras con tiendas de refacciones de lavadoras y hornos de microondas, cientos de comercios dedicados a vender lo mismo, exactamente lo mismo, los olores y los gritos, la agitación y la ansiedad, una calle del barrio chino, semejante a cualquier barrio chino del mundo, además las ratas doradas de plástico rematadas en el puesto al igual que espejos y baratijas orientales de cinco pesos.

13 horas. El Gran Hotel de México. Arriba los vitrales majestuosos son un vestigio cristalino del esplendor de la era porfiriana. No hay en el mundo un hotel con un techo de vitral 'Tiffany', con dos ascensores inmóviles a sus pies, como dos gigantes postes de hierro que sostienen las bóvedas multicolores de vidrios y esmaltes y miles de metros de emplomados. Abajo, las alfombras húmedas, los acalorados 'botones' con su uniforme absurdo; en la terraza de la azotea los muebles de tela raída, un buffet mediocre y los meseros que deben ser los mismos que inauguraron el hotel hace 100 años. La vista desde ahí es espectacular: el rectángulo de los poderes nacionales, la Plaza Mayor, el emparillado de piedra que ha sido testigo de los principales acontecimientos de nuestra historia. En el centro, sobre la roca de los sacrificios, una fila de miles de personas aguardan para mirar una exposición. Llamados por el conjuro de la poderosa televisora asisten al prometido espectáculo de elefantes en éxtasis, niños transportados a algún lugar más allá del Corán, mujeres acariciadas por orangutanes, hermosas y dignas fieras sobre las arrugas de las dunas y el polvo de arena que no penetra los ojos cerrados del anciano. Eso y más.

14:30 horas. Caminamos sobre la explanada. Vemos los ríos de gente que esperan para ver, miramos de reojo el balcón central del Palacio Nacional desde donde los viejos y nuevos Tlatoanis del Templo Mayor han presenciado centenares de veces el peregrinar de sus súbditos, el ritual de cruentos sacrificios y apuramos el paso, antes de que el fantasma de uno de aquellos nos alcance con sus garras.

Aquí unos indígenas, ataviados con plumas de quetzal, lanzan incienso y pasan hierbas sobre algún cuerpo enfermo, allá un grupo de rock metálico, aquí fieles que caminan de rodillas hasta el templo, allá los puestos de perforaciones y tatuajes. Estamos en una de las calles que llevan al Templo Mayor de Tenochtitlan, la que dejó sin habla a los conquistadores ('y de que vimos cosas tan admirables no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía', Bernal Díaz del Castillo), pasmados ante una ciudad de armonía incomparable, diseñada sobre una laguna, con grandes calzadas, sepultada y rescatada por la casualidad para recuperar el rostro oculto de los dioses, para vengar aquel aire de destrucción que enterró a los mexicas, para corregir a quienes los pensaron salvajes y algún día pretendieron su exterminio.

De la destrucción del Templo Mayor se comenzaría la erección de la catedral cristiana. Las piedras de los recintos ceremoniales pasaron a tener el mismo destino, otro culto, nuevos dioses. Destruída la obra del 'demonio indígena', la adoración de la muerte, el ídolo de barro, se daría paso a la obra de los ángeles.

16:45 horas. Salimos del Museo del Templo Mayor, deslumbrados por el caracol de roca blanca, por la metamorfosis del caballero águila, por la pétrea redondez de Coyolxauhqui y atraídos por las campanas que alegre y rítmicamente se sacuden las partículas de smog, entramos a la Catedral Metropolitana.

Algunos devotos tocan el fétetro en donde descansa el Cardenal Ernesto Corripio, mientras que los turistas no dan crédito a lo que ven sus ojos: el espacio imponente, las columnas enormes, los retablos dorados, el coro intacto, el órgano que, lánguido e inaudible, mantiene un réquiem para despedir al arzobispo. Cuando salimos, otra vez me asalta el horrible presentimiento de que ese edificio, que ya se pandea, con otra sacudida puede abatirse para quedar reducido a polvo, polvo, polvo de oro.

17:15. Iniciamos la fila y una lluvia fresca y pertinaz apenas moja nuestros rostros. En sólo media hora de una columna humana (en donde se puede admirar toda clase de mezclas derivadas del mestizaje) y ya nos encontramos frente a las imágenes del artista canadiense Gregory Colbert. Expedicionario y encantador de animales y personas que cierran sus ojos para ingresar al fondo de sí mismos, en tanto las fieras, embelesadas con el letargo de los seres humanos, se mueven en cámara lenta o se paralizan como piezas disecadas.

19:05 horas. Salimos del Museo nómada. El aire trae una suave brisa que nos refresca el rostro. Unos jóvenes 'punks' se dejan tomar fotos abrazando a otros jóvenes. Uno de ellos exhibe cadenas y 'percings' en todo su cuerpo, tiene la cabeza rapada, pero mechones de pelo pintados de colores. Es postizo y mercachifle, es alebrije y artificioso monstruo. Está maquillado de blanco y telarañas cruzan su cara. Da miedo y repugnancia, es más feo que el diablo, más decadente que todo el crepúsculo que va cayendo sobre una plaza que resume la metáfora de una ciudad y un país que se precipitan en el tobogán de las objeciones para ascender alguna vez. Volvemos.